

larguísima ecuación en tres pizarrones contiguos en un aula de su universidad. Pues un día, una afanadora que acaba de ser contratada se pone a limpiar el pizarrón con una jerga mojada; el ayudante de mi colega llega a tiempo de impedirlo y no tiene demasiados problemas para reconstruir los fragmentos de la ecuación que la jerga alcanzó a mutilar. Restituye los valores originales pero no se fija en que una letra del renglón de abajo, aparentemente intacto, ha sufrido una mutilación imperceptible: la “h” se volvió “n”. Cuando, un poco más tarde, el investigador llega y revisa la pizarra, se da cuenta de que la ecuación entera ha cobrado sentido gracias a ese mínimo cambio; sólo tiene que hacer mínimos ajustes y la fórmula, que ha permanecido muda durante meses, comienza a hablar y explica todos los aspectos del problema. Así es como ambos, investigador y adjunto, ganan el Nobel por “su” descubrimiento... ¿De quién es el crédito, verdaderamente? ¿De la afanadora, que con su jerga replanteó la ecuación? Ella no sabía lo que hacía. ¿Del alumno, que no corrigió la “h” cortada? Un golpe de suerte: en casi cualquier otro caso, habría sido despedido por dejar pasar un error de ese tamaño. ¿Del profesor? A él nunca se le ocurrió la manera correcta de formular la ecuación; aunque, desde luego, el hecho de haberla reconocido no puede ser desechado así como así: alguien menos abierto que él seguramente habría restituido los valores originales sin darse cuenta de las implicaciones de la errata. Además, claro, de que el otro 99% de la ecuación era indudablemente de su autoría. Y, sin embargo, no podemos saber si, de no haber existido ese feliz accidente, algún día habría llegado a la formulación correcta; posiblemente aún seguiría peleándose con ella. Así que los tres son igualmente merecedores del Nobel —aunque, por supuesto, a la afanadora nadie la mencionó en la ceremonia de premiación, ni compartieron con ella el dinero del premio—; el cual, en rigor, más que a ninguno de ellos le hubiera correspondido a la jerga, auténtica autora del descubrimiento, que desde entonces es conocida, en el ámbito académico, como La Jerga Científica. ~

Identidades subterráneas Estampas musicales II Cultos urbanos

BRUNO BARTRA

⊗ Dos subculturas musicales se retratan en esta segunda entrega de “Estampas musicales”, ambas derivadas de géneros que surgieron hacia la segunda mitad del siglo XX y que han adquirido un sentido particular en la capital de nuestro país: el *reggae* y el *rockabilly*, dos estilos tan disímiles como contestatarios, uno a través del ascetismo religioso y el otro a partir del culto a la imagen.

Reggae

El 11 de mayo de 1981, Robert Nesta Marley, mejor conocido como Bob Marley, se desplomó mientras trotaba en el Central Park de Nueva York; el cáncer se había extendido a varios órganos vitales de su cuerpo. Para entonces ya se había convertido en una estrella internacional del *reggae*, un ritmo surgido en Jamaica a fines de los sesenta, y había creado una serie de himnos que han marcado a casi todas las vertientes musicales posteriores.

El *reggae* derivaba del *rocksteady*, que a su vez había sido una variación del *ska* con un ritmo más sincopado y con la melodía del bajo en primer plano; además, el *reggae* estaba íntimamente vinculado al rastafarismo, una religión que adoraba al rey Haile Selassie de Etiopía, quien liberaría a los esclavos descendientes de africanos, de acuerdo con Marcus Garvey I, su profeta.

El rastafarismo parte de “preceptos fundamentados en una idea judeocristiana: no comer carne, no tomar alcohol ni fumar tabaco. Los viernes y sábados, los rastafaris guardan el *sabbath* (ayuno); por otro lado, la cuestión del cabello largo, las rastas, la barba y el turbante está fundamentada en el nazarenato, cuyos votos aparecen en la Biblia: ninguna navaja debe tocar tu piel. En esta religión, el consumo de la marihuana no es para el reventón, sino para la liturgia, durante los cantos: es sacramental”, explica Oliver Bárcenas, especialista en *reggae* y religión rastafari.

A México, el *reggae* llegó a través de la música a finales de los ochenta, con la banda Splash de Cancún como pionera del género;



posteriormente en el DF se formaron Rastrillos, Yerberos y Antidoping, quienes solían tocar en diversos conciertos de rock. Hacia principios de los noventa, el género adquirió gran popularidad a través de tocadas callejeras a cargo de “sound systems”, en los barrios al oriente de la capital.

Hacia finales de los noventa, se llevaba a cabo con gran éxito el Festival Razteca, que intentaba generar un sincretismo cultural y religioso, y que además de tener un gran cartel musical incluía puestos de artesanías rastafaris. Después de unos años, un integrante del colectivo que organizaba el festival registró el nombre del evento en secreto y lo vendió a OCESA; toda la comunidad del *reggae* en México se sintió traicionada por esta persona, y optó por boicotear el evento, de tal forma que a los pocos años dejó de llevarse a cabo. Fue por esas fechas que el rastafarismo como religión comenzó a expandirse en nuestro país.

“El *reggae* en México está dividido en dos partes —agrega Bárcenas—: la gente que lo toma como un hábito de vida y aquellos que sólo gustan de la música; los rastafaris mexicanos que adoptan la religión se agrupan en sus propias casas, principalmente en Izta-palapa o Coyoacán, para realizar la liturgia, donde llevan a cabo cantos y tocan tambores.”

Los rastafaris y amantes del *reggae* suelen ser distinguidos por las rastas —el cabello estilo Marley— y por llevar ropa con colores vivos —amarillo, rojo y verde—, precisamente los de la bandera etíope. Suelen congregarse en foros alternativos como el Cultural Roots y el Salón Tarará en el centro de la ciudad, o el Ghetto en Tlatelolco. En el Tianguis del Chopo y La Lagunilla es donde adquieren mercancía como la ropa que los identifica y los discos más buscados y novedosos del género.

Aunque el *reggae* tuvo su mayor auge hacia el 2000, actualmente está consolidado como una cultura, y la religión rastafari tiene cada día un mayor número de adeptos; este año, una comisión nacional asistió al Primer Congreso Rasta de Habla Hispana, que se llevó a cabo en Panamá.

Rockabilly

Chamarras de cuero, jeans cincuenteros, colas de pato y grandes copetes han comenzado a reaparecer en la Ciudad de México desde hace aproximadamente siete años, con el auge de la cultura musical del *rockabilly*.

“Es un tanto anacrónico, uno está pensando siempre en la época de los cincuenta”, describe Ace, contrabajista de The New Lunatics, una de las principales bandas del género en la capital. “Escuchamos música de *rockabilly* todo el tiempo, nos gusta

bailar ésta y la del *rock and roll*, y la actitud es un tanto agresiva por la fuerza que tiene el género.”

El *rockabilly* surgió en los años cincuenta como una fusión del *hillbilly* con el *country* y algunos aspectos del *rhythm and blues*, con Elvis Presley como ídolo y referencia obligada. “El *rock and roll* es un nombre que se le dio a la combinación del *rhythm and blues* con el *swing* y el *boggie*; éste se hacía más en las ciudades, mientras que el *rockabilly* era de los pueblos apartados del sur de Estados Unidos, era la música de los blancos del campo”, añade el contrabajista.

Después de la expansión del rock como una cultura que abarcaba éstos y otros géneros, el *rockabilly* pasó a la marginalidad y pareció extinguirse, hasta que en los años ochenta la banda neoyorquina Stray Cats, liderada por Brian Setzer, fomentó un fuerte *revival* del género junto con una nueva forma de concebir la cultura que comenzó a reimponer la moda de los cincuenta; se trataba de volver a las raíces para crear nuevos sonidos, de regresar al momento en que el rock no se había integrado a la *mainstream* comercial, para generar una vanguardia artística ajena al circuito de mercado.

Hacia los años noventa, se podía observar a un número cada vez mayor de “rockabillos” merodeando por las calles de las ciudades norteamericanas, con algunos aspectos novedosos en su apariencia, sin dejar de reivindicar los elementos básicos de la estética original. “La imagen es lo más importante en un rockabillo”, afirma Ace: “que tenga un copete muy abultado y que vista a la moda de los años cincuenta. Algunos le llaman *neo rockabilly* por la época en que ha surgido, así como por algunos accesorios modernos como los zapatos Critters y los *piercings* que se ponen los chavos”.

Este movimiento comenzó a cobrar auge en nuestro país alrededor del año 2000, cuando una parte de la juventud se interesó en dicha estética, y con varias agrupaciones como The New Lunatics y Los Gatos, que retomaron el género; ha crecido de la mano del *psychobilly*, una vertiente derivada del *rockabilly* original, que añade a éste los acordes y la velocidad del punk. De esta forma las bandas mencionadas, así como Rebel Cats y Los Pardos, se han consolidado como las agrupaciones estandarte de dicha cultura en la Ciudad de México, tocando en lugares como el Dada X y la Faena, así como en los eventos organizados por la UTA (Unión de Trabajo Autogestivo). Los jóvenes de amplio copete también se reúnen en el Tianguis del Chopo y La Lagunilla, donde adquieren la ropa y la música relacionada con su cultura. ~